



LA ESPONJA

«El señor Dato ha hecho confesión general con los periodistas. El señor Dato, idéntico a sí mismo, ha dicho que no pasa nada. El veraneo «idóneo» continúa... La situación de Barcelona, de Zaragoza, de Bilbao, de Valencia, de Riotinto no dice nada a la impermeabilidad «idónea». No pasa nada. La tranquilidad es absoluta.»

Estas palabras no son nuestras. Son de un fondo de «La Veu de Catalunya» del día 22 de este agosto. («Pero qué añeja le tiene este hombre a «La Veu de Catalunya», se dirá el lector... y así es. Sentimos cierta flaqueza por sus expresiones. O es que acaso nos place traducir sus dichos.»)

Y sigue luego diciendo el diario catalanista: «Social y políticamente vivimos en el más admirable de los mundos posibles, bajo la providente dominación de los «idóneos». Uno no sabe si esta versión optimista de la realidad tapa una maniobra o una inconsciencia. Si es una maniobra, a nadie puede engañar. Si es una inconsciencia, da una idea muy deplorada de los gobernantes que en estos momentos de angustia universal no se percatan de los problemas vivos que tienen ante los ojos, problemas que no se portan ni dilaciones ni escamoteos.»

Si; todo esto está bien dicho. Para el señor Dato, idéntico a sí mismo — idéntico a él mateix — no pasa nada. Y no pasa nada porque aspira a que todo quede. O por lo menos a que la Casa, la Empresa, de cuyo Consejo de Administración es, en forma de Presidente del Consejo de ministros, presidente, se quede con lo más que pueda. Y para mantener el crédito necesario al negocio de la Casa repita que no pasa nada, y hasta que todo va bien. Es el optimismo de real orden. O no sabemos si de real decreto.

¿Una maniobra? ¿Una inconsciencia? Acaso las dos cosas. Acaso una maniobra inconsciente.

Lo que se puede asegurar es que el orden, eso que llaman los conservadores orden, no le importa al gabinete de Negocios de la Casa, que es el gobierno «idóneo», si no es en cuanto permite que esos negocios se lleven adelante. Y si para esto fuese preciso el desorden provocaría el desorden. ¿No organizaron acaso las Compañías de ferrocarriles una huelga de sus empleados para ver si de ese modo lograban que se les permitiera elevar las tarifas? ¿Y es que no hay acaso otras huelgas pronunciadas bajo cuerda por las empresas patronales para conseguir mejor sus fines?

Nuestros gobernantes, los Consejeros y empleados de la Casa, se percatan muy bien de los negocios que a favor de la angustia universal de estos tiempos de trastorno cabe hacer. Y los problemas para ellos, para la Casa, son problemas financieros. Y si vieran que se viene encima una revolución que derriega lo que hemos dado en llamar el régimen, serían capaces de hacerse accionistas de la empresa revolucionaria. Y esto todos, absolutamente todos, desde el más alto. Porque sería una forma de seguro.

Se especula con todo; ¿por qué no habría, pues, de especularse con una conspiración cualquiera revolucionaria? Hay, además, aquello de Fialho d' Almeida cuando le proponía al rey don Luis de Portugal una comedia de regicidio, ya que hasta entonces no había habido ninguno en la historia portuguesa. «Abi está V. M. — le decía Fialho d' Almeida a don Luis — ahora sólo en cargar con la ignominia de no haber despertado nunca el odio de nadie. Desde Alejandro de Rusia a Kalakana de Sandwich todos los monarcas contemporáneos han merecido del pueblo inequívocos testimonios de respeto y de afecto bajo la forma de bombas de dinamita o de balazos... sólo V. M. falta. Es indecente.» Esto escribía Fialho en agosto de 1889. Veintitantos años después de esta feroz broma un desesperado suicidó a don Carlos de Braganza, el hijo de don Luis. Y poco después era barrida de Portugal la podredumbre dinástica. Podredumbre que había vivido de negocios, de monopolios otorgados, de tolerancias crematísticas, de adelantos — los famosos «adiantamentos» a la Corona — de toda clase de combinaciones financieras.

«La Veu de Catalunya» habla de la «impermeabilidad «idónea». No; el «idóneísmo» no es impermeable; ¿qué ha de serlo! No le calarán los ataques, pero algo le cala. El «idóneísmo» responde a la economía política de la Casa, y la Casa es tan poco impermeable como pueda serle la mejor esponja. Es una esponja. Esponja que a las veces absorbe lágrimas y sangre.

Hemos dicho la economía política de la Casa. Porque, en efecto, toda la política es hoy económica en España. ¿Pero no en un sentido elevado, no! Es una economía casera. Y el señor Dato, idéntico a sí mismo, nos recuerda a las veces a aquel mayordomo de la parábola evangélica (Lucas, XVI), del que se dice en el sagrado texto: «Y alabó el Señor al mayordomo malo por haber hecho discretamente; porque los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de la luz.» Ni los «idóneos» esconden sus talentos como el de la otra parábola. (Mateo, XXV, 14-30.) ¿Estos publicanos son sagaces hombres de mando! Y el Señor no estará descontento de ellos.

Miguel de UNAMUNO.

